



ADARGA EXISTENTE EN LA ARMERIA DE MADRID.

Hé aquí la descripción que de este objeto encontramos en el excelente catálogo de la Armería que acaba de publicarse:

«Asunto: campo dividido como en cuatro cuarteles: en uno de los superiores se vé un ejército de guerreros castellanos con el pendon de Castilla y Leon, poniendo en huida al ejército moro granadino; en el otro van entrando en Granada los reyes Católicos y sus tropas por una puerta, mientras que Boabdil y su madre salen por otra. En el cuartel inferior derecho desembarca Carlos V y su ejército en Africa con dirección á la jornada de Tunez; la figura armada del emperador y su caballo fardado están copiadas exactamente del cuadro del Ticiano que se halla en el Museo de pinturas con el número 685; en el cuartel que queda se representa la batalla naval de Lepanto; en una de cuyas naves está de pie D. Juan de Austria, y á un lado se vé á Felipe II sentado bajo de un dosel, teniendo delante de sí dos guerreros arrodillados que le presentan palmas de victoria. En el centro de la adarga hay un óvalo en que se distinguen los objetos siguientes: dos ibis coronadas, una serpiente con alas, un sapo muerto, una corona de espinas, y un listón ó cinta con la inscripción

latina *SERPES VNA SE NECTA*. Orla con varios adornos y cuatro cabezas de leones. Todo lo descrito está hecho de plumas de colores, constituyendo un verdadero *mosaico animal*; por lo que, y por la prolijidad del trabajo y ejecución, es una de las piezas más raras é interesantes en su género.

Hemos examinado detenidamente esta adarga, y creemos que ha debido pertenecer á Felipe II, según la explicación que se nos ocurre del emblema contenido en el centro. Dice la mitología que todas las primaveras salían de la Arabia multitud de serpientes aladas que iban á caer sobre Egipto, cuya destrucción hubieran causado si las ibis no las mataran, como igualmente á los demás insectos ponzoñosos y reptiles inmundos. Por esto dichas aves eran allí reverenciadas. La serpiente alada de la adarga representa la heregia que amenazaba caer sobre España y sus estados de Flandes: está mordiendo la corona de espinas en que aparece simbolizado el cristianismo: las dos ibis coronadas representan: la mayor á Carlos V, que ya había peleado contra los sectarios de Lutero, viéndolo á la menor, que es Felipe II, acometiendo al monstruo y matándole: el sapo muerto es

30 DE JUNIO DE 1850.

la representación de la ponzoña que se supone vertía la serpiente: la leyenda latina *SERPE SPES VNA SENECTÆ*, «una esperanza es el báculo de la senectud», parece manifestar que Carlos V, después de haber combatido por su parte á la heregia, había entregado el cetro á Felipe, y fiaba en que triunfaria de los herejes, esperanza que sustentaba la vejez del padre viendo la dura y cruel persecucion sostenida por el hijo.»

UN QUID PRO QUO.

No contamos un cuento: referimos un hecho en toda su sencilla verdad, tal cual salió de la boca del editor responsable, que es un boyero. Aquel á quien asuste la fuente, el chorro y el recipiente, esto es, el boyero, su relacion y el trasladante que va á poner en letra de molde lo que recogió, que no lea, puesto que si supiéramos que íbamos á ser leídos con prevención, se tornaría la ligera y ágil pluma que tenemos en la mano en un pesado é inamovible barron.

Hay en uno de los pueblos de Andalucía, que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios solo para cobijar á España, desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzman el Bueno, un convento, abandonado como todos, gracias al progreso de las ruinas. Situado sobre una elevacion del terreno al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre de San Francisco, es hoy mas propiamente que nunca, la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hácia el pueblo, y estiende su huerta en el campo. Hubo en esta huerta muchas palmeras; hay ancianos que las recuerdan; pero solo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos; pero ya no queda sino uno solo! Las palmas se apoyan una en la otra: el religioso en la caridad de los fieles. Todos los martes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los fieles. ¡No hay voces con que espresar los sentimientos que inspira el ver en este suntuoso templo al venerable anciano ofrecer en silencio y soledad el augusto sacrificio! No puede uno menos de figurarse que aquel sagrado recinto está lleno de espíritus celestes, entre los cuales solo el sacrificante está visible.—La iglesia es de una altura portentosa, y tan apaciblemente alegre que parece que solo se edificó con el fin de que en ella resonase el sublime himno del *Te Deum* y el no menos sublime cántico del *Gloria*.—El altar mayor, primorosamente esculpido en el género Churrigueresco, deslumbra con la multitud de flores, frutas, guirnaldas y cabezas de ángeles dorados, que ostenta con tal profusion y tal brillo, que prueba que al labrarlo, no entraron en cuenta ni el tiempo ni el gusto.—¿Para qué sirve el oro hoy en día? ¿para qué el tiempo? ¿empléase mejor? El que nos afirma que sí, tendrá el lauro de convencernos de que fué acertada la supresion de los conventos. Mientras no, lloraremos sobre aquel grandioso coro, aquellas ricas capillas, aquel soberbio tabernáculo, frío y vacío como el corazón del incrédulo. ¡La incredulidad!! Ella es el gran triunfo que logra la materia sobre el espíritu; la tierra sobre el cielo, el ángel apóstata sobre el ángel de luz.

La plazuela que separa el convento de la ancha calle que á él conduce, está cubierta de yerba: allí sueltan los carreteros sus bueyes en horas de descanso. Al entrar en el compás, en lugar de escalones, se sube una pequeña cuesta terraplenada; á los lados sostienen la tierra unos poyos de mampostería, al frente está la puerta de la iglesia; á la derecha una capilla de la órden de los terceros; á la izquierda se sigue para buscar la portería.

Lector, si eres afecto á las cosas de nuestra vieja España, acude aquí. Aquí aun está en pié la iglesia; aun vejetan sin cultivo las dos palmas; aun existe un fraile franciscano, que dice misa en la escueta iglesia: aquí aun hay boyeros que refieren sucesos, en los que se aparee lo religioso y lo festivo con esa buena fé y sanidad de corazón del niño que juega con las veneradas canas de su padre, sin creer por eso que le falta al respeto. Pero acude pronto, porque antes de mucho desaparecerá todo esto y habremos de llorar sobre ruinas, á las que lo pasado prestará toda su magia, como para vengarlas.

El tercer día de la semana brillaba puro y alegre, ignorando sin duda la calidad de aciago que le prestan los hombres, y muy ageno de que un refran su enemigo le quiera privar del placer de ser testigo de bodas y embarques. Un martes, pues, ageno de toda influencia ó mira hostil, como si fuese un domingo, subia la calle de San Francisco una señora, que es la que nos ha referido lo que vamos á contar. Se dirigía al convento vacío para oír la misa de los martes, en la que Dios iba á llenar aquel templo abandonado con su augusta magestad. Cuando llegó, aun no habia venido el sacerdote, y la iglesia estaba todavia cerrada. Sentóse en el compás sobre uno de

los poyos de mampostería, entre tanto que llegaba el padre. La mañana estaba tan fresca que hacia dulces los rayos del sol. Al frente de ella veía descollar las palmeras como dos nobles gemelas que llevaban sin doblarse ni humillarse su persecucion y abandono. Los bueyes tendidos en la plazuela rumiaban pausadamente, y tan inmóviles que se posaban los pajarillos en sus astas. Las lagartijas se paseaban por las paredes de que eran dueñas absolutas, en un vergel de alcázaras, de rosadas flores y de parietarias, mirándolo todo con sus grandes é inteligentes ojos. En el esmalte del cielo... (mal decimos: ¿quién hace un esmalte que se parezca á ese cielo?) vagaban blancos y ligeros celages, como el humo de un puro sacrificio en gloria del Altísimo. Era una mañana en que era dulce el vivir: tanto hacia olvidar la naturaleza los estrechos círculos con que nos agitamos con afán, y en los que el vivir es una fatiga.

Dos boyeros se sentaron en el mismo poyo que la señora. Un andaluz no se corta nunca: el sol puede eclipsarse: la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios. El sultan Harum-Aralschid, si hubiese reinado en Andalucía, hubiera podido ahorrarse los disfraces de que usaba para mezclarse entre su pueblo y sin imponerle cortadad. No es debido esto á que menosprecie las superioridades este pueblo, no: es que si bien se quita el sombrero ante una superioridad, no agacha la cabeza. Así fué que aunque esa señora era una de las principales del pueblo, y aunque habia otros asientos, aquel les pareció el mas bonito y en aquel se sentaron á platicar sin cuidarse de ser oídos.

En los países del norte la gente del campo es perfectamente buena y perfectamente estúpida: piensa poco y habla menos; pero en Andalucía el pensamiento vuela, y la palabra le sigue: pueden quedarse estas gentes sin comer y sin dormir dos dias sin mayor molestia; pero callados dos minutos eso no puede ser. Si no tienen con quien hablar, cantan. Hombre, le dijo el uno al otro, no puedo mirar aquella capilla de los Terceros sin acordarme de mi padre que era hermano, y cuando yo era muchacho me traía aquí todas las noches á rezar el rosario que á la oracion rezaban los hermanos —¡Cristianos!! y qué hombre era tu padre! ¡ya no los hay de aquella cantera!

—¡Qué ha de haber! Los hombres hoy por hoy son un hato de haraganes, sin mas devocion que la de San Rorro, patron de los borrachos.—Decía mi padre (en gloria esté) que desde la guerra de la guillotina del francés se torció el carro.—Pero vamos al caso: me contaba su merced un suceso acaecido en este convento.—Acudia toda la gente de este barrio á los frailes para que asistiesen á bien morir.—Hoy en día mas de cuatro se van al otro mundo como perros ó judíos.—Quedábase pues, todas las noches un padre velando, y listo por si lo requieran, é iba eso por turnos. Una noche que le tocó la vez á un padre muy conocido y bien quisto en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinieron á llamar tres hombres á la portería, requiriendo á un religioso para que fuese á auxiliar á uno que se estaba muriendo. El portero avisó al padre Mateo, que bajó tan luego. Pero apenas se habia cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buenas ó á malas se dejase vender los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacasen las muelas; pero ¿qué habia de hacer el santo varon sino agachar las orejas? Porque aunque era un moceton como un trinquete, que tenia buenos puños para defenderse, aquellos eran tres, era gente de bronce y venia armada. Además, tampoco podia su merced desatender á su ministerio, y solo Dios sabia cuáles eran las intenciones de los que lo llamaban. Así fué que se dejó vender y dijo: ¡A Roma por todo!

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar: por esta me entro, por estotra me salgo, hasta que llegaron á un casucho, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto y lo encerraron. Quitóse la venda, pero todo estaba oscuro como boca de lobo; oyó entonces un gemido hácia un rincon de la estancia. ¿Quién se queja? preguntó el padre Mateo.—Señor, yo soy, contestó una voz lastimera de mujer, aquí me tienen esos malvados, que me quieren matar despues que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una iniquidad! Padre, por María Santísima, por la sangre de Cristo nuestro Señor, por los pechos que lo criaron, padre, sálveme V.

Hija, y ¿como podré yo salvarte? respondió el padre Mateo. ¿Qué puedo yo, solo, contra tres hombres, armados y sin conciencia?

En primer lugar desátame V., dijo acongojada la mujer. El padre Mateo se puso á tientas, y como Dios le dió á entender, á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los pies; pero estaban apretados, no se veía, y el tiempo corría como si un toro corriese tras él.

Llamaron á la puerta. ¿No ha despachado V., padre? preguntó uno de los hombres.

¡Eal no dar prisa, contestó el padre, que tenia el corazón bien puesto; pero que no acertaba cómo salvar á aquella infeliz que temblaba como una azogada y lloraba como una fuente ¿Qué hacemos? decía el pobre señor con dolido y asombrado. Como las mujeres son

capaces de discurrir tretas hasta con un pié en el hoyo, discurrió esta esconderse debajo de los hábitos del padre Mateo, que como ya dije era un hombron que no cabía por esa puerta. Mal medio es, dijo su merced; pero á no haber otro, preciso es valerse de él, y salga el sol por Antequera!

Púsose cerca de la puerta, llevando á la muger debajo de sus hábitos....—¿Acabó V., padre? preguntaban los desalmados aquellos.—Acabé, contestó el padre Mateo, al que no llegaba la camisa al cuerpo.—Señor, no me desampare V. ¡gemía la muger, mas muerta que viva.—¡Calla! Encomiéndate al Señor de los Desamparados, y sea lo que Dios quiera! contestaba este.—A vendar, y ligero! dijeron los hombres, volviendo á cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres custodiando al padre, no fuese que intentase quitarse la venda y conocer el parage en que se hallaban.

Después de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entonces los tres á la vez echaron á correr y desaparecieron como por ensalmo. Apenas se hubieron ido, cuando le dijo el padre Mateo á la muger:—Eh, ahora, hija mía, pon los pies en polvorosa, y vé dónde te escondes, que yo no puedo llevarte al convento. No me des las gracias, sino á Dios que te ha librado; no te detengas, que aquellos foragidos, conforme se hallen que voló el pájaro, van á venir á alcanzarme. Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres zancadas se plantificó en su convento. Conforme entró se fué á la celda del padre guardian y le contó cuanto le había pasado, añadiendo que aquella gente preciso era que vienesse al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta del convento. El guardian fué el que bajó y se presentó.—¿Qué se ofrece, caballeros? preguntó.—Acá venimos, contestaron, en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una muger.—No hay tal: el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna muger.—¿Que no? ¡pues si se la ha traído aquí por mas señas!—¿Qué estás diciendo, deslenguados? ¡Una muger al convento! ¿cómo se entiende quitar de esa manera la estimación al padre Mateo é infamar al convento?—No, no, señor, no lo decimos con esa intención, sino que....—¿Sino qué? preguntó cada vez mas enojado el guardian. ¿Qué motivo honrado puede acaso haber para traer de noche una muger al convento? Los hombres se miraron unos á otros.—Bien te dije yo, murmuró el uno, que esto no era cosa natural, sino milagrosa.—Sí, sí, dijo otro: esto es obra de Dios ó del diablo.—Del diablo no, porque no se mete á impedir lo que le tiene cuenta.—Id con Dios, mal hablados, dijo en voz campanuda el guardian, y guardaos de acercaros á los conventos con malos fines, ni tender lazos, ni levantar calumnias á sus pacíficos moradores, que como el padre Mateo descansan tranquilamente en su celda; que nuestro Santo Patrono vela sobre nosotros.

—No te quede duda, dijo el mas sobrecogido de los tres: ha sido el mismo San Francisco que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella muger.

—Padre Mateo, dijo el guardian cuando se hubieron ido; se han sobrecogido mucho y os han tomado por San Francisco. Mas vale así, pues son gentes temibles: están furiosos.

—Mucho me honran, contestó el padre Mateo; pero deme vuestra paternidad permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí en el primer barco que salga á las Indias, no sea que lo piensen mejor y me cuelguen á mí el milagro de San Francisco.

FERNAN CABALLERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

XII.

Recuerdos de una historia antigua.

Dejemos á Sotopardo dándose á todos los diablos en el castillo de las Peñas de San Pedro, mas que por la severidad de su prision, que era bastante, aunque no toda la que por Real orden se le había encargado al gobernador; mas desesperado, decimos, que por la severidad de su prision, por la causa que la motivaba, y por la mano de donde tal golpe le venía; y hablemos, según nuestra costumbre, de otra cosa al parecer inconexa, pero en realidad intimamente enlazada con el principal asunto de estos estudios.

El lector recuerda, sin duda, y si no se lo recordaremos nosotros, que Vargas tenía además de Matilde, dos hijas legítimas, habidas en su esposa la Camarista.

La primera de las dos cautivó por su belleza el afecto del conde de San Justo, quien habiéndola conocido en Cádiz, abandonada con su hermana y en la última indigencia, hizo de ella su esposa.—Laura, huérfana de madre desde sus primeros años, criada en poder de la manceba de su padre, víctima del mal carácter de la bastarda Matilde, y viendo padecer á su hermana Inés igual suplicio, aunque pudiera ser, no solo hija, sino hasta nieta del Conde, aceptó su mano como un don del cielo, y fué, en efecto, condesa de San Justo, llevándose consigo, como era natural, á Inés. Vargas, que á su regreso de Manila había vuelto á enamorarse perdidamente de la Gitana, llevó, no ya la debilidad, sino la infamia, hasta el punto de abandonar á sus dos hijas legítimas, señalándolas una escasa pensión, que satisfizo poco tiempo, para vivir así mas á sus anchas con Milagros y Matilde. Laura se casó uno ó dos años antes de terminarse la guerra de la independencia.

Hecha la paz establecióse el conde en Sevilla, donde cierto oidor jubilado, ya hombre provecho también, prendándose de la cuñada de aquel, solicitó y obtuvo sin dificultad su mano.

Dos palabras sobre las dos hermanas: entrambas habían recibido la peor educación posible; para entrambas las nociones de lo bueno y de lo malo eran, al casarse, en parte erróneas, en parte completamente desconocidas; pero Laura, sentimental, débil de carácter, prendada de su propia belleza, y con una vanidad desmesurada, entró en el mundo mucho peor preparada que Inés, sencilla y candorosa, pero muger de juicio recto y de sensibilidad moderada.

Por otra parte la transición, que para Laura fué violenta y repentina desde la miseria al fausto, de la abyección al sitial aristocrático, del aislamiento al apogeo de la sociedad culta, para Inés tuvo lugar sucesiva y gradualmente, y á término menos distante del punto de partida.

Considérese, en efecto, lo que vá de la niña huérfana y pobre en poder de la manceba de su padre primero, después á sí misma abandonada, á la joven condesa, muger de un Teniente general, bella por extremo, rica, elegante, rodeada de todos los prestigios del lujo y de la posición elevada, y en su calidad de esposa de un viejo, considerada por los seductores de oficio como blanco natural de sus tiros, y se verá fácilmente cuántos mas riesgos la amenazaban que á la que humildemente entraba en el gran mundo, como satélite de su hermana, en segundo término, eclipsada por ella, con la modestia de la soltera, y que en fin se enlazaba con un hombre provecho y no anciano, respetable pero no de opulenta ni brillante condición.

Como los antecedentes fueron las consecuencias; y aunque ya conocemos la catástrofe de la triste historia de Laura, nos permitirá el lector que para la mejor inteligencia de esta complicada narración, volvamos atrás la vista, y la fijemos en algunos pormenores de aquel lamentable suceso.

Era el Conde uno de esos hombres que, por desdicha suya y no para la ventura de aquellos que les rodean, proceden en todo de extremo á extremo; cuando confiados, llevando la fé hasta el absurdo; cuando recelosos, incrédulos como los ateos. Casóse con Laura persuadido de que era un ángel, sin esperanza á la verdad de inspirarle amor, pues la rectitud de su juicio no consentía tan descabellada ilusión, pero seguro de ser de ella bien querido y respetado, ya por gratitud, ya por efecto del buen natural y santa índole de la doncella. ¿Engañábase en la última suposición?—No por cierto: Laura, ya lo dijimos, era sentimental, débil y vana, mas no corrompida, no de malas inclinaciones: pero Laura no había amado aun entonces, porque la miseria y el odio á Milagros, y la aversión á Matilde, hicieron que hasta casarse rebosara en hiel su corazón. Lo que sucedió, y el Conde debiera haber previsto, y acaso evitar pudiera con un grano menos de caballeresca confianza, fué que el incienso de las adulaciones trastornó aquella débil cabeza; y que, comparando su naciente belleza con la avanzada senectud de su esposo, se persuadió la hija de Vargas de que el Conde en vez de hacerle un beneficio inmenso sacándola del estado de abyección en que la había hallado, era un egoísta que sin misericordia enlazaba el lozano y tierno vástago al ya caduco tronco.

No diré yo si con razón ó sin ella, pero el hecho es que para la mujer la hermosura y la juventud son dotes de tal precio, que no hay sacrificio, cariño, ni adoración que las paguen. Para ellas no hay mas aristocracia que la de la mucha belleza y los pocos años: eso les basta para que aspiren á las mas altas posiciones, y una vez conquistadas, se crean allí como por derecho hereditario, sin que nunca, ó pocas veces á lo menos, vuelvan atrás la vista, y miran piadosamente se dignen á quien les facilitó el camino.

Pero, aparte la filosofía, volvamos á nuestro eterno asunto.

El Conde introdujo á su esposa en la sociedad sevillana con todo

el lujo que su opulencia consentía, y en vez de ser rémora de sus placeres, apresurábase á proporcionárselos. Banquetes y saraos ya en su casa, ya aceptados de otras personas; partidas de campo, continuos paseos á pié, en coche y á caballo; tocados y trages de suma elegancia; aderezos y joyas de gran precio, todo le sobraba á Laura, y la libertad, además, para gozar de todo. Acompañábala su esposo siempre que ella lo deseaba y su salud lo permitía; y cuando no, sin la menor sombra de recelo la invitaba á que en compañía de una amiga saliese. — Jamás hubo mujer tan complacida ni mas libre que la del conde de San Justo; jamás beldad tan á la moda y tan incesante y continuamente festejada é incensada.

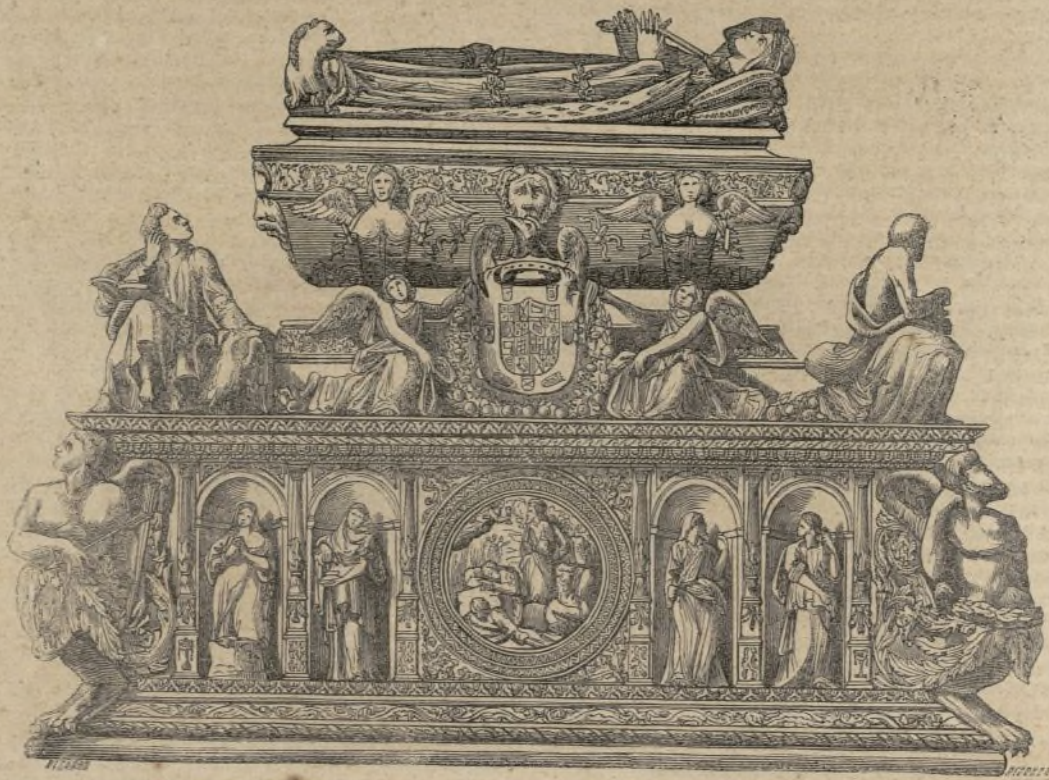
Durante algun tiempo, sin embargo, embriagada con los goces esternos del gran mundo, Laura escuchaba las lisonjas, los cumplimientos, las galanterías y hasta las declaraciones de amor, con esa especie de vago sentimiento de placer sí, pero exento de interés, con que en el silencio de los bosques se oye el canto de los pintados pajarillos. Aun no se habia presentado ante su vista el ruiseñor que habia de conmovérle con sus dulces melodiosas notas hasta lo mas hondo del corazon.

Por otra parte, en su hermana Inés tenia una compañera utilísima, y un consejero que sin aspereza, sin pretensiones, y esclusivamen-

te guiada por el infalible instinto de virtud que á la Providencia plugo darle, acertó á preservarla, sin que acaso ni ella misma lo advirtiese, de mas de un lazo en que de otro modo quizá hubiera caído.

Tal era la situación de Laura, y acababa de casarse Inés con el oidor de Moron, marchando con su esposo á aquel pueblo, cuando fué destinado y llegó á Sevilla de guarnicion el regimiento á que pertenecian Sotopardo, Mendoza y Almazan, entonces comandante y antes capitán de nuestro don Cárlos el malo.

El tal Almazan era uno de esos buenos mozos que parecen cortados de una pieza, sin movimiento, sin flexibilidad en lo físico, sin poder simpático en lo moral. Su fisonomía de santo de retablo, sus maneras de elegante por fuerza, su vestir de modelo de sastre, su conversacion de pedante sin instruccion, y su carácter minucioso, lleno de cavilaciones, entremetido y chismoso, le hacian, cuando conocido, el mas insoportable de los mortales. Gozaba, sin embargo, de gran reputacion de formalidad y buena figura en el mundo. ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Porque sí, y no sabemos otra cosa. Los tontos, que somos los mas en este pícaro mundo, se pagan del exterior atildado, de la compostura afectada, de la preñez de las frases, de lo hueco del tono, de lo grave del porte; y como los discretos desdeñan en general á los que tales prendas tienen, resulta que éstos, que cui-



(Sepulcro de los Reyes don Felipe I y doña Juana en Granada.)

dan siempre de elogiar sus ínclitas personas, acaban por usurpar en la sociedad un puesto que no les pertenece.

Almazan, además, poseía realmente el genio y las dotes malas y buenas (si alguna tiene que tal sea) del intrigante de visita y tertulia.

Siempre al corriente de las modas, de los espectáculos y de la crónica escandalosa; siempre vuelta la cara al sol naciente, y la espalda al astro pronto á eclipsarse: diestro en la observacion, avezado á la calumnia que no compromete, bordando los sucesos hábilmente hasta desfigurarlos por completo, haciendo propalar por otros las perdidas que él inventaba; y en una palabra, sabiendo mejor que nadie *tirar la piedra y esconder la mano*, y asirla ocasion por el cabello, aquel militar era un gran diplomático en toda la fuerza de la palabra.

Pero tenia una debilidad que hubo mas de una vez de perderle, y esa era la de ererse un seductor irresistible, y proceder en consecuencia. Mientras se limitó á la patrona en campaña, á la tendera y á la criada, en paz; y aun cuando hizo escursiones hasta el país de las *procuradoras*, *escribanas*, etc. etc., los triunfos y los reveses se compensaron, sin mas inconveniente en los últimos, que el del desaire del amor propio, ó el de retroceder ante el nudoso garrote de

algun mancebo de mercader inquietado en la tranquila posesion de su prosaica querida. Ya nos ha dicho Sotopardo que el valor no era la prenda mas relevante de su antiguo capitán.

Pero al llegar á Sevilla el regimiento, viéndose ya gefe, se dijo Almazan que en adelante solo se dignaria fijar los ojos en aristocráticas bellezas, y hallando, con razon, que la primera entre todas era entonces la condesa de San Justo, propúsose conquistarla, y no solo se lo propuso; sino que acometió la empresa de propósito deliberado y con ánimo resuelto, prodigando en ella todos los tesoros de su tocador, guardaropa, joyería, discrecion y gracias.

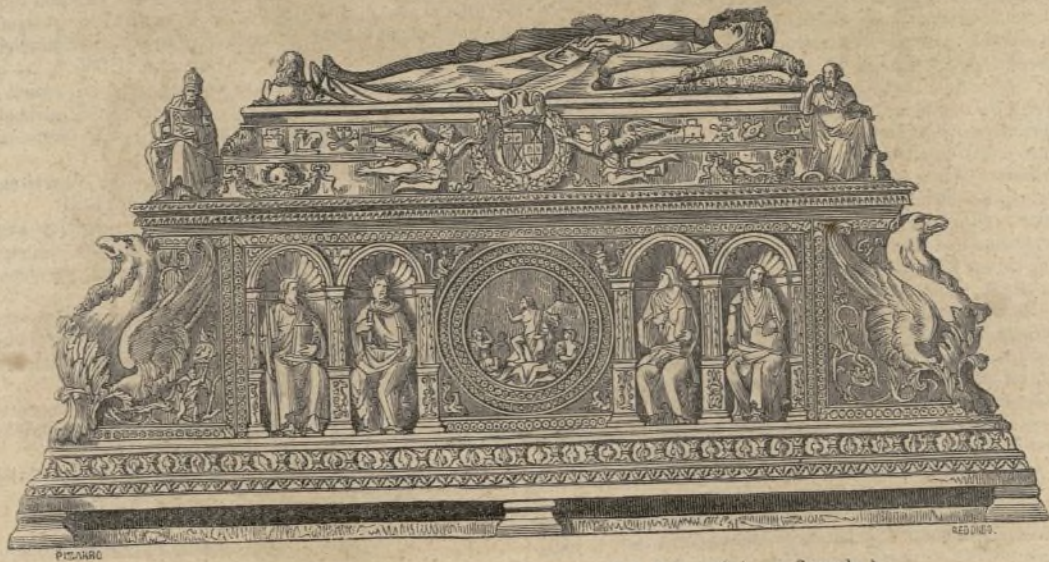
Sotopardo y Mendoza estaban á la sazón en la Corte, como ya sabemos.

Almazan se presentó en la palestra con todas las pretensiones, y no sin gran parte de la destreza de un campeón veterano, empezando por hacer la corte al anciano general, quien á pesar de la dureza y severidad de su carácter, era como todos los mortales, sensible al incienso de las lisonjas, y le admitió desde luego á su intimidad. Dado aquel primer paso, es decir, ya dentro de la plaza, restaba sin embargo por conseguir lo mas importante: apoderarse de la ciuda-

dela. Ser complaciente con la Condesa, aprobar cuanto decia, adivinarla los pensamientos, prevenir sus deseos, fuera del marido, habia por lo menos hasta media docena de galanes que con perseverancia lo hacian: Almazan necesitaba hacerse necesario, y para ello tiempo, constancia y habilidad. Hagámosle justicia: ni lloró el tiempo, ni se mostró inconstante, ni fué inhábil: día por día y paso á paso iba ganando terreno lentamente; hoy vivo anuncio de espectáculos; mañana tomando el palco en el teatro ó en los toros; por la mañana leyendo al general la Gaceta, por la tarde presentando el ramo de flores á la Condesa; ya teniendo el abanico mientras la señora bailaba una contradanza, ya abrigándola cuidadosamente al terminarse un violento wals. Amigo de la casa, acompañante del marido, factotum de la muger, su posicion era envidiada por todos los aspirantes á Laura. Mas habia, en efecto, por qué envidiarle? No lo creemos: Almazan sabia la táctica, pero ignorando la estrategia: sus movimientos eran precisos y geométricos, mas faltábale al conjunto de ellos para ser fecundo en resultados, la profundidad de las miras; faltábale á él para ser un seductor el genio, que es lo que les falta á los generales rutinarios para ser grandes capitanes. Así, pues, con todas las ventajas imaginables, á fuerza de improbo trabajo y de no pocas humillaciones conquistadas, consiguió al cabo hacerse necesario; pero como ins-

trumento y nada mas que como instrumento de las diversiones de Laura. Su intimidad con ella era poco mas ó menos la de un ayuda de cámara favorito con su amo: todo prestigio, toda ilusion son incompatibles con situacion tal; y Almazan, en resumen, ni era ni podia ser ya el amante de la condesa. Él, sin embargo, esperaba lo contrario, mas con resignacion, y llevando las cosas con gran despacio.

En tal estado de cosas, nuestro don Carlos de Mendoza, ya feliz esposo de la honradísima Matilde, se incorporó en Sevilla á sus estandartes. Milagros, por convenio mútuo, se quedó en Madrid recibiendo de su yerno, que como creemos haberlo dicho era hombre de algun caudal, una módica pension, bastante á subvenir á sus primeras necesidades. No le era posible á la Gitana, por una parte, separarse de su bendito protector el fraile guerrillero, ni por otra, presentarse en Sevilla donde su juventud habia sido sobradamente estrepitosa, para que dejase de haber algunas personas que pudieran recordarla. Matilde, ademá, modelo de amor filial como de castidad, estableció como base fundamental de todo trato entre ella y su madre, la separacion de casas y personas; de manera que, no solo la conveniencia, sino la necesidad tambien forzó á Milagros á que aceptase el partido que hemos dicho. Corta era la pension de Mendoza, escaso el fraile en todo lo que no fuesen bendiciones é indulgencias;



(Sepulcro de los Reyes Católicos don Fernando V y doña Isabel, en Granada.)

pero como en cambio tenia gran favor en la corte, y ese lo empleaba de buena gana en obsequio de su penitenta, ella, que no carecia de habilidad en nada, se propuso explotar, y en adelante explotó en efecto, la inagotable mina de los pretendientes y perseguidos. A costa, pues, de las desdichas de unos, y á espensas de la ambicion de otros, vendiendo la gracia y la justicia, la buena de Milagros se hizo una rentita mas que mediana, y bastante á vivir con desahogo, y aun á poner á un lado algunas onzas para un apuro. Pero dejémosla por ahora ingeniar como pueda, y volvamos á Sevilla.

El conde de San Justo era un señor muy cumplido, es decir, uno de esos bienaventurados que no olvidan jamás la visita de cumplimiento, el retorno de la misma, las pascuas, el santo, los años, etc., etc. No llegaba, por tanto, á Sevilla persona alguna decente, y sobre todo de la clase militar, á quien conde y condesa no visitaran: Mendoza y su muger fueron comprendidos en la regla general. No estaban en casa cuando fueron visitados: tampoco hallaron á los Condes al pagarles la visita; y por consiguiente no tuvieron ocasion de verse las dos hermanas. Matilde sabia muy bien quién Laura era; mas la última ignoraba completamente la suerte de la

primera, y estaba muy lejos de sospechar que la linda recién llegada fuese la hija de Milagros. De saberlo no la visitara.

A pocos dias dió un baile el Conde, con motivo de ser el de su cumpleaños: hizose la lista de convite por la de las visitas, y Mendoza y su muger, que en la postrera figuraban, fueron naturalmente incluidos en aquella.

Otra muger, al recibir la esquila de invitacion, pretestando cualquier cosa, hubiérase escusado de asistir al baile; pero Matilde, que no era una persona de términos medios, y comprendia que no estaba en lo posible que ella y Laura residiesen mucho tiempo en una ciudad de provincia sin encontrarse al cabo, aceptó con gusto la ocasion de terminar de una vez sus dudas, aclarando las situaciones respectivas.

Llegada la noche del sarao prendióse con la sencillez que á la esposa de un simple capitán correspondia; pero con tan buen gusto en traje y tocado, que al entrar en los ricos salones de la Condesa, un murmullo general de admiracion acogió al matrimonio, que con ademan modesto se encaminaba á saludar al ama de la casa.

Laura, ocupada en aquel momento en hacer los honores de su fiesta á varias personas, volvió el rostro hácia la puerta, y figúrese

el lector cuáles serían su asombro y disgusto al reconocer en la mujer del capitán Mendoza nada menos que á su bastarda hermana. Todo su orgullo se reveló; todas las amargas memorias de su corazón se renovaron súbitamente en su corazón: sus plantas se fijaron en el suelo cual si hubieran echado raíces, y retirándose de sus mejillas la sangre, palideció espantosamente su bello rostro.

No sorprendieron á Matilde aquellos síntomas de mal agüero: contaba con ellos y había revestido su mas impenetrable coraza de impudor para hacerles frente.

Hizo, pues, como si no advirtiese que su primera ceremoniosa reverencia se quedaba sin respuesta, y soltando el brazo de su marido, acercóse á Laura, tomó su mano y díjole en voz baja estas palabras. «No nos conocemos: en este momento, por vez primera nos vemos: á entrambas nos tiene cuenta el silencio, y no seré yo quien lo rompa.»

Recobrada Laura, y libre, con tales palabras, del sobresalto que naturalmente debía causarle el temor de que Matilde quisiera presentarse en la sociedad como su hermana, en un instante se puso sobre sí misma, y con no menos desembarazo que la mujer de Mendoza, hízole los honores de su casa cual pudiera á una señora completamente desconocida. Al dejarla en su asiento díjole, sin embargo: «Es preciso que hablemos cinco minutos á solas para que nos pongamos de acuerdo.—Como V. quiera y cuando V. quiera, condesa (contestó Matilde susegadamente): por mi estoy á las órdenes de V.—Mas tarde tendremos ocasión, repuso Laura: y separáronse así las dos hermanas.

Una vez convenidas en no reconocerse, parece á primera vista que entre aquellas dos mujeres todo estaba terminado: en realidad aconteció lo contrario; la guerra quedaba declarada, guerra sorda, subterránea, pero terrible, esterminadora, en que la calumnia había de reemplazar al escándalo, y el veneno al puñal.

¿Por qué tanta saña, encono tan cruel? Nada mas obvio y comprensible.

La presencia de Matilde era para Laura el recuerdo y renovación de su triste infancia y miserable juventud, y una amenaza constante para el porvenir; porque ¿cómo resignarse la activa condesa de San Justo á reconocer por hermana á la hija de Milagros, y revelar á la sociedad, cuyo astro mas rutilante era, que hubo un tiempo para ella de abyección y de hambre? Poco importaba que por entonces Matilde se abstuviese de hablar: podía hacerlo cuando se le antojase: podía especular con su secreto, imponiéndose, por decirlo así, á Laura. ¿No había ya tenido la insolente audacia de presentarse en su casa?

Por lo que á Matilde respecta, desde que la razón comenzó á despuntar en su infantil cerebro, había odiado con toda el alma á las hijas legítimas de su padre, por el solo hecho de ser legítimas: la posición de Laura, infinitamente superior á la suya por inesperada que fuese la última, era otro motivo mas de envidia y saña para la esposa de don Carlos el bueno; y en fin, el recibimiento que la Condesa le hizo, debemos confesar que nada tenía de calmante ni de conciliador.

Separáronse pues, las dos hermanas con la sonrisa en los labios y lleno el corazón de ponzoña: Laura no tenía fuerzas para medirse cuerpo á cuerpo con Matilde y sucumbió al cabo.

Mas por entonces todas las ventajas parecían estar de su parte, y la mujer de Mendoza dió una gran prueba del imperio que sobre sí misma ejercía, disimulando con perfección absoluta la honda envidia que su corazón devoraba al contemplar á Laura, no mas hermosa que ella misma, pero si mas aristocráticamente hermosa, radiante de orgullo, deslumbrando con su riqueza, y eclipsando, en fin, á todas las demas bellezas de aquel sarao, como el sol eclipsa en el cielo á las estrellas.

Por demas casi está decir que Almazan, fiel á las obligaciones de su empleo de *cavalier servente* de la Condesa, la seguía como su sombra ya llevando el abanico, ya el chal, ya la lista de las contradanzas prometidas.—Al contemplar tal asiduidad brillaron un momento los ojos de Matilde iluminados con gozo infernal: había creído que aquel hombre podía ser amante de Laura, y resolvió arrebatárselo y perderla ademas: pero á la media hora su infalible femenino instinto la persuadió de que se engañaba.—«Ese hombre, se dijo, será cuando mas el confidente de Laura: amarle es imposible.»—Tenia razon: Almazan era un vehículo inagotable de antipatía.

Sin embargo de aquella primera decepción, el plan de Matilde quedó intacto: aquel no era el amante de la Condesa, pero ésta, casada con un viejo y lanzada en el torbellino del gran mundo, no podía menos de tener alguno (asi racionaba la hija de Milagros); y ese alguno no tardaría en presentarse, y en presentándose, con él se haría lo para Almazan antes dispuesto.

Ya sabemos que por entonces y hasta entonces Laura ni tenía ni había tenido amante: no negaremos que fuese ya materia dispuesta para amorosas aventuras; mas el hecho es que se hallaba todavia inocente y pura. No estaba lejos el instante fatal predestinado á su

ruina: pero no nos anticipemos á los sucesos, y prosigamos narrándolos por su orden.

Habiase comenzado el sarao á las ocho de la noche, y eran ya pasadas las once sin que le hubiera sido posible á Matilde, á pesar de toda su maligna perspicacia, señalar un hombre, fuera de Almazan, á quien la Condesa distinguiese de esa manera que, por mas que las mugeres pretendan ocultarlo, revela siempre que tienen interesados los sentidos cuando no el corazón.—«¿Será posible, se decia, que no tenga amante? Pues es preciso que lo tenga; y lo tendrá.»

Tales eran sus reflexiones, cuando Laura, que por su parte no la tenia olvidada, ni mucho menos, se le acercó con el aire mas amable del mundo, y tendiéndole graciosamente la mano, dijo:—«¿Quiere V. venir al tocador un momento, amiga mia? Me parece que el último wals le ha descompuesto los rizos, y es lástima porque le estan á V. admirablemente.»

Levantóse la mujer de Mendoza, respondió con una sonrisa de esfinge y una cortesía á la francesa al lisongero cumplimiento del ama de casa, y tomando su brazo, siguióla en efecto á la pieza del tocador.

Allí, á solas, y en voz baja para no esponerse á ser oídas, pero con acento animado, tuvieron las dos hermanas media hora de conversacion para fijar sus respectivas posiciones. La lógica fria de Matilde triunfó sin dificultad del orgullo exaltado de Laura: era preciso tratarse ni mas ni menos que dos extrañas: las relaciones entre la mujer de un Teniente general y la de un Capitán de caballería, no podian ni debían ser íntimas; pero tampoco era justo ni conveniente hacer á Mendoza de peor condicion que á los demas de su clase y calidad. Ambas estaban interesadas en callar. ¿Qué mas garantía para cada una de ellas de ser tratada con miramiento y consideracion? Si alguna era tan imprudente que á la otra provocase, no tendría por qué quejarse de las consecuencias. La fortuna las había colocado en la situacion de dos hombres, cuyas manos derechas encañadas una con otra, empuñasen dos espadas, teniendo cada cual de estas la punta inmediata al pecho del compañero: cualquiera de ellos que intentase herir, se castigaria hiriéndose irremisiblemente.

Tales fueron, en resumen, las razones de Matilde, á las que no hubiera encontrado Laura cosa racional que replicar, cuando no se convenciese; pero convencióse y quedando tranquila, volvió al salon dando el brazo á Matilde, y dispuesta á verla si lo menos posible, pero á verla sin temor ni sobresalto.

La hija de Milagros salió del tocador como en él había entrado, con firme propósito de aniquilar á su legítima hermana.

Todavía no se habían separado aquellas dos ejemplares hermanas cuando vieron entrar por las puertas del salon á un capitán jóven, elegante y de varonil aspecto, cruzado de Alcántara, y á quien hasta entonces la Condesa no había visto en su vida.

Matilde, á pesar de su habitual aplomo, no pudo al ver al recién llegado reprimir un movimiento de sorpresa, que la Condesa hubiera advertido á no haberle llamado la atención el mismo personaje tan poderosamente que á él solo miraba.

Era aquel hombre don Carlos de Sotopardo, entonces en todo el vigor de su juventud, y lleno de ese poder magnético que solo alcanza á inspirar las grandes pasiones.

¿Cómo se hallaba en Sevilla y en el baile del conde de San Justo? Brevemente lo diremos.

(Continuará).

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

DIOS Y EL HOMBRE. (1)

¡Mirad al hombre! Del tupido velo
Que á la naturaleza envuelve inmensa,
Levanta apenas con incierta mano
Un extremo no mas, ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo
Estrecha viene á su saber, y ufano
Erige audáz á su razon mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él á la razon divina.

—«¿Quién eres? dice á Dios. ¿Cuál es tu esencia?
¿Por qué naturaleza no lo explica?
Sus leyes estudió mi inteligencia,

(1) La lectura del libro de Job inspiró la idea de escribir esta composicion á su autor, que confiesa deber muchos de los pensamientos é imágenes que en ella se hallan, á las admirables paginas del libro sagrado.

Y en ellas nada de tu ser me indica
 La inefable substancia,
 Ni de tu decantada providencia
 Los designios profundos. ¿La ignorancia
 Será quien deba tributar culto,
 Y al genio siempre y á la ciencia oculto,
 Dejarás en problema
 Ante sus luces tu verdad suprema?»
 «Origen te proclaman
 Del orden y del bien, y cuanto veo
 Es desórden y mal. Justo te llaman,
 Y me consume estéril el deseo
 De comprender de tu justicia oscura
 La marcha silenciosa.

En balde por tu gloria te conjura
 Mi mente, codiciosa
 De la eterna verdad, que tus arcanos
 Le descubras sublimes:

Sordo te encuentran mis clamores vanos,
 Y ni en las obras de tu diestra, mudas,
 El sello augusto de tu nombre imprimes,
 Cual si gozases en mirar las dudas
 Luchar del hombre en el inquieto seno,
 Tú, que te llamas poderoso y bueno!»

«No mas, no mas en ignorancia ciega
 Adoraré rendido
 A un Dios desconocido
 Que á concordar con mi razon se niega.

Si no eres vano nombra
 Haz que yo sepa sin tardar quien eres;
 Pues nace altivo, inteligente el hombre;
 Y si su amor y su homenaje quieres,
 Debes hacer que su razon lo mande,
 Al verte amable, al comprenderte grande.»

Así al saber supremo
 Dicta leyes su hechura limitada,
 Y de bondad por inefable extremo,
 Para curarla de su orgullo infando,
 Así confunde á la razon osada
 Allá en su propio seno resonando
 Aquella voz que fecundó á la nada.

«Tú, que cuenta me pides
 De mis hondos designios, tú que dudas,

Si á tu razon se esconde,
 De mi propia existencia, tú que mides
 Mi justicia eternal, y en mis dominios
 Juzgas del orden y del bien, ¡responde!

Tus sábios, tus astrónomos profundos,
 ¿Podrán decir cómo hago inalterable
 La eterna ley, que de infinitos mundos
 Que corren el espacio inmensurable,
 El movimiento y curso determina,
 Sin que choquen jamás en rudo encuentro,
 Y por qué los fecunda é ilumina
 Encadenado un sol en cada centro?»

«¡Loco mortal, á quien hinchado miro
 Del prestado poder que de mí tienes!
 ¿Puedes del Orion turbar el giro,
 O á las brillantes Pléyadas detienes?
 ¿Puedes siquiera conocer la tierra
 Que desdeñoso huellas? ¿Quién su base
 Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase
 Los tesoros que encierra...?»

Un imperio tras otro desaparece,
 Y mil generaciones

Pasan por ella, y en su seno se hunden:
 Ella sola no cambia ni envejece,

Y sus preciosos dones
 Con orden inmutable se difunden

Por las varias regiones
 Que fertiliza el sol. Aquí presenta
 Prados herbosos, selvas primitivas;
 Allá el capricho de su fuerza ostenta
 En colinas altivas,

que decora con rasgos pintorescos;
 Allá borda de valles las honduras,

Mas acá ofrece los asilos frescos
 De grutas silenciosas;
 Ora se estiende en plácidas llanuras;
 Ora se ensancha en playas arenosas;
 Allí se muestra en sotos y florestas,
 Acá en bosques sombríos,
 Y allá ostentando sus potentes bríos
 Encumbra montes de nevadas crestas.

¿Qué paternal desvelo,
 Qué sabia providencia,
 Con tal magnificencia
 Dotó al grosero y despreciado suelo
 De ese globo que habitas?
 ¿Quién lo sembró de vírgenes metales?
 ¿Quién lo cubrió de especies infinitas
 De útiles vegetales

Apropiados á climas diferentes?
 ¡Mira mecer las palmas y las cañas
 Las brisas de los trópicos ardientes,
 Mientras en selvas y ásperas montañas,
 Resistiendo al tesou de vientos fieros,
 Negros abetos, pinos seculares,
 Se levantan austeros
 Bajo los crudos círculos polares.

«¿Quién te dirá cómo del hondo seno
 Que mi espíritu henchía,
 Brotó con voz de trueno
 La mar amenazante,
 Y cómo yo de nieblas la cubria
 Cual envuelve la madre al tierno infante?
 Alzó arrogante la espumosa frente
 Robando al sol fulgentes aureolas;

¿Mas quién se halló presente
 Cuando la dije: tu soberbia enfrena
 Y á romper vé tus atronantes olas
 En aquel dique de movable arena?
 ¿Sabes por qué, vapores incesantes
 Que recoge la atmósfera encendida,
 De ese su seno liquido se exhalan,

Y en las nubes flotantes
 La masa de las aguas suspendida,
 Solo descende al suelo gota á gota
 En bienhechora lluvia convertida;
 Mientras de las altísimas montañas
 Se precipita en rápidos torrentes,
 Penetra de la tierra las entrañas,
 Y formando con linfas transparentes
 Arroyos mil y rios caudalosos
 Recorre murmurando el campo verde
 Con giros tortuosos,
 Hasta volver al mar en que se pierde?»

«¡Juez de mi providencia, que me intimas
 Su imperfección y que mi plan corriges!

¿Eres tú quien diriges
 Segun conviene á los diversos climas
 Los vientos voladores,

Y á disipar mefíticos vapores
 Lanzas al rayo, que estallando dice
 Con su hórrido estampido,
 ¡Gloria, Señor, ya estás obedecido!

¿Coronada de flores
 Sale á tu voz la primavera hermosa
 A preparar la tierra que reposa
 Del abrasado estío á los ardores?

¿O acata, acaso, tu poder visible
 El invierno aterido,
 Haciendo le preceda
 Con orden infalible
 El otoño de pámpanos ceñido?»

«¿A las linfas saladas
 Y á las ondas insípidas del río,
 Lanzaste las especies animadas
 Con variedad que pasma al pensamiento,
 Y á cada cual con diligente mano
 Preparaste sustento...?
 ¿Por ti, de aceite saludable llena,

Se agita entre el hervor del Oceano
La colosal ballena?
¡Mira cuál brota de sus ojos llamas
Si la distancia de la presa mide!
¡Mira si airada heriza las escamas
Montes alzar en ecuóreo llano,
Y si con lento paso lo divide
Darle de la vejez el color cano!»

Por las libres regiones
Del aire que respiras,
¡Esparcas con tu diestra creadora
Las volubles legiones
De tantas aves que indolente miras?
¡Les concediste tú la voz canora?
¡Te deben los instintos
Porque se multiplican y alimentan,
Y los colores vivos que ostentan.
En matices distintos
Sobre el esmalte de sus leves plumas;
O es tu saber quien guía
A las que al ver las invernales brumas
Dejan del norte la región sombría,
Y atraviesan el mar tras los ardores
Del refulgente sol del mediodía?

Mira cómo desprecia los furores
Del caprichoso viento
El águila real: las soledades
Surca del Eter: en sublime asiento
Para el vuelo atrevido,
Y entre nubes que envuelven tempestades
Labra el robusto nido,
De la desierta roca
En las ásperas puntas suspendido;
Mientras el avestruz, de pluma poca,
Que nunca se alza á la región vacía,
Por otro instinto poderoso y cierto
Su cara prole fia
A la infecunda arena del desierto.

«Un momento contempla
De los brutos la inmensa muchedumbre:
En ninguno verás que falte ó sobre
Un miembro necesario.
Estos de imponderable mansedumbre,
Aquéllos de carácter sanguinario,
Timidos unos, otros atrevidos,
Pesados unos, otros diligentes,
Todos están armados y vestidos
Cual requieren sus usos diferentes,
El destino especial que les señala
Y el clima y el lugar dó los instalo.
No por tus artes enseñado ha sido
El castor industrioso:
Ni el corcel generoso
Que sufre lo domines,
Te debe aquel valor con que, al soldado
De la trompa guerrera,
Sacudiendo las crines,
La nariz dilatando,
Se lanza al campo en rápida carrera,
De espuma y de sudor huellas dejando.

«Cuanto tu vista admira
Y cuanto puede concebir tu idea,
Es átomo mezquino
Del Universo en el grandioso seno;
Mas tú, ¡mortal! que de mi ser divino
Inquirir osas, de arrogancia lleno,
Secretos inefables, confundida
Verás por las partículas mas leves
Tu razón desvalida,
Si á analizar ese átomo te atreves.
De la naturaleza que presumes
Iluso conocer, el ser mas pobre
Comprender y explicar quieres en vano:
Esa flor que te brinda sus perfumes,
Ese mosquito que aplastó tu dedo,

Ese que huellas, misero gusano,
¡Misterios son en que abismarte puedo!

¿Y no eres un abismo,
¡Oh átomo pensador! para ti mismo?
Naturaleza doble en ti se encierra:
De un rayo de mi mente iluminado,
Eres rey de la tierra,
Y de esa tierra misera formado.
Materia deleznable
Y espíritu soberbio,
Grande y pequeño, fuerte y miserable,
Suspense entre la nada
Estás y el infinito,
Y en tu razón tan pobre y limitada,
Llevas augusto privilegio escrito.

Trémulo ante tan grandes maravillas
Que entrever logra tu asombrada mente,
Dobla ¡Mortal! sumiso las rodillas
Prosternando la frente,
Y acatando rendido
De mi sapiencia el insondable arcano;
Mas no alces atrevido
Hasta mi trono el pensamiento insano;
Que aunque el ástro de fuego
Su luz te envía en rayos bienhechores,
Si le osas contemplar quedarás ciego,
Sombras no mas hallando en sus fulgores.

En tu alma de mi Ser grabé la idea,
Y rindiendo á su autor digno homenaje,
Naturaleza emplea
Universal, magnífico lenguaje.
De un polo al otro en sus miserias claman
Los hombres á su Dios. La tierra, el cielo,
Las noches y los días,
Mi poder y bondad do quier proclaman,
Y mi nombre preludian en el suelo
Multitud de armonías
Que ofuscan, si, de tu razón el brillo,
Y confunden tu ciencia;
Mas para el corazón tienen sencillo,
Poderosa elocuencia.

Es mi nombre ¡El que es! que confundido
Ante el misterio de tan alto nombre,
Entre esas obras de mi augusta diestra
El humano saber calle y se asombre,
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra
Al conocer su pequeñez el hombre.

—1842.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

GEROGLIFICO.



ADVERTENCIA.

En las oficinas del SEMANARIO se compran por el precio de la suscripción (56 reales) los tomos que se presenten de los años 1836, 58, 48 y 49, siempre que estén en estado de volverse a vender; los tomos de 1859 que costaron 56 rs., SE PAGAN A CINCUENTA.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Albambrá.